



De amigo a hermano. Por el camino del trabajo compartido

ANTONIO MARTÍNEZ RIQUELME

Instituto Teológico San Fulgencio
Murcia

Hay situaciones en la vida en las que uno no quisiera verse envuelto. Y ésta por la que ahora estoy pasando es una de ellas. Quizá para algunos pueda resultar fácil superar momentos similares. Para mí, he de confesar que me cuesta. Pues los años de enfermedad de Miguel Ángel y ahora su muerte es un trago amargo que me produce una profunda pena. Es la primera sensación que me invade cuando me dicen:

—Escribe unas notas sobre Miguel Ángel tú que has estado tan cerca de él.

La petición llega en momentos muy penosos. Es verdad. Su enfermedad, dura enfermedad en el dolor y en el silencio, durísima enfermedad para quien tanto y tan bien ha hablado de las cosas de Dios. Y, sobre todo su muerte, siguen todavía muy grabadas en el corazón del amigo, o mejor, del hermano. ¡Sí! Amigo y hermano son las primeras palabras que brotan del corazón.

La respuesta a esta propuesta se resiste aún. Los sentimientos están muy a flor de piel y lo único que apetece es estar callado y a lo sumo pensar en tantos momentos de la vida compartida. Sinceramente es lo que aflora cuando no es el llanto el que intenta apoderarse de la situación e inundar el tiempo. Pero

esto no basta. Expresar el dolor es bueno, aunque insuficiente. Miguel Ángel se merece mucho más que lágrimas. Hay que sobreponerse. Responder desde el dolor y con esperanza. Escribir y compartir algunos de los muchos momentos vividos durante tantos años.

—Y... ¿qué voy a decir? ¿Qué puedo contar a tantas personas que lo han conocido, que lo han tratado y que, seguro lo estiman tanto o más que yo? ¿Qué puedo añadir que ya no se haya dicho y se conozca de Miguel Ángel?

Resulta difícil. Pero bueno, lo intento con el ánimo y las palabras que, como he dicho, brotan espontáneamente de lo más hondo del corazón. Os lo aseguro.

SUS OBRAS LE ACOMPAÑAN

Lo primero que me surge es la convicción, anclada en la fe, de que sus obras, sus muchas buenas obras, le acompañan, de que los talentos recibidos del Señor, los ha sabido multiplicar. Por eso, creo y espero que en su encuentro supremo y definitivo con Cristo haya podido escuchar las palabras prometidas al siervo bueno y fiel: entra en la casa, pasa y goza, porque has realizado bien lo que te encomendé.

Son muchos quienes pueden testificar de Miguel Ángel lo mismo. Hay personas de todas las edades y condición que han sido destinatarios de su buen hacer y han recibido los detalles de su delicadeza personal, los cuidados de su atención pastoral y la solidez de su maduración cristiana. Jóvenes y niños, adultos y mayores, catequistas y catequetas, alumnos y fieles de tantas parroquias, aquí en nuestra Diócesis y fuera de aquí, dentro de nuestras fronteras y más allá de ellas. El listado sería interminable y enumerarlos resultaría muy prolijo.

DESDE LA AMISTAD A LA FRATERNIDAD

Por eso me limito a compartir un dato de mi experiencia personal. Y a exponer cuál es, a mi entender, la clave que la puede explicar. Creo que no necesito pensar mucho. Aflora espontánea. Y puede resumirse fácilmente. Nosotros desde ser amigos hemos llegado a tratarnos como hermanos. Y el camino ha sido el trabajo compartido.

Es verdad, que hay otros muchos caminos. La acción pastoral en una misma parroquia o en el propio arciprestazgo, una espiritualidad homogénea, unos caracteres compatibles..., ayudan a madurar en la amistad y, lo que es más

gratificante, a vivir realmente como hermanos. Creo que, en nuestro caso, junto a la gracia sacramental que regala y consolida la vivencia de la fraternidad, ha habido algo más. Y esto ha sido el trabajo compartido, o como se dice, el trabajo en equipo. Insisto, me parece que ésta es la clave, la clave principal, con la que se ha ido fraguando la fraternidad. A fuego lento, como los mejores guisos. Éste ha sido el camino, el proceso que, con la ayuda de la gracia, ha hecho posible pasar desde la amistad a la fraternidad.

Alguien puede preguntar:

—¿...Y cómo habéis llegado a esta experiencia? ¿Cómo habéis pasado desde la amistad a la fraternidad? ¿Cómo habéis logrado que la fraternidad que nos vincula a los presbíteros sacramentalmente se exprese con autenticidad y se haga fructífera?

Busco respuestas convincentes, explicaciones razonables y no las encuentro. Sólo hay una pista que pueda ayudar. Y es que ambos hemos creído que además de ser amigos, podíamos llegar a ser realmente hermanos. A pesar de las diferencias, ¡que las ha habido...!, a pesar de las dificultades, ¡que no han faltado...!, a pesar de todo, lo hemos intentado cada uno por nuestra parte con paciencia y constancia.

¡Sí! Lo hemos buscado. Y me parece que algo hemos conseguido. Pues, para un presbítero diocesano que deja padre, madre, hermanos, amigos... para entregarse, incardinarse, en la Iglesia local, encontrar unos compañeros con quienes compartir la vida y el trabajo pastoral en cualquiera de sus formas, llega a ser un regalo. Una gracia que trasciende el tesoro de la amistad, hasta convertirse en experiencia de fraternidad que concreta la promesa de Jesús. ¡...Y encontrará cien veces más!

EL CAMINO DEL TRABAJO COMPARTIDO

Hemos trabajado juntos mucho tiempo. Es decir, incontables horas... Y eso significa un gran esfuerzo por ambas partes. Creo que acierto si digo que este trabajo es el camino que nos ha facilitado poder pasar de la amistad a la fraternidad. Junto con la gracia sacramental, a la que ya he aludido, ha sido el compartir tantas horas de trabajo y de servicio a nuestra diócesis de Cartagena en el campo pastoral, y de modo muy especial, en el de la catequesis. Y, desde nuestra Iglesia diocesana, el trabajar juntos para ayudar a catequistas y animadores de grupos juveniles de otras diócesis, dentro y fuera de nuestro entorno local.

Proyectos convertidos en realidad que han supuesto dedicación y trabajo en equipo. Y también ejercicio de perseverancia. Para llevarlos a cabo, cada uno hemos tratado de ayudarnos a poner los talentos recibidos y las capacidades personales al servicio del objetivo común. Esto nos ha animado día a día y nos ha llevado a realizar juntos varios proyectos concretos traducidos algunos de ellos en publicaciones. Pero detrás de cada proyecto, de cada publicación hay, ante todo, ilusión para facilitar a otros la tarea de la búsqueda en el estudio del mensaje cristiano, para poder aportar instrumentos y medios didácticos para el acto catequético. ¡Sí, ilusión y trabajo!

Es esta experiencia de trabajo compartido la que nos ha ido conduciendo a la vivencia de la fraternidad sacerdotal traducida en tareas concretas. Llámense cursillos, convivencias o materiales de trabajo que nos han servido para entregar algo de lo que el Señor nos ha regalado. Ha sido la forma concreta de plasmar nuestro servicio a la Iglesia, el trabajo por el Evangelio y la colaboración a la extensión del reino de Dios en nuestro mundo. Y desde nuestras posibilidades, con nuestros cinco panes y dos peces. La gracia de Dios ha puesto todo lo demás. Quienes nos conocen a los dos saben que esta ayuda del Señor ha tenido que ser mucha y muy continua. Y, de hecho, así ha sido durante los años, los muchos años, que hemos compartido tareas y vida.

Ahí queda la experiencia de amistad y fraternidad vivida, los frutos de nuestro trabajo conjunto y el apretón de manos que nos dimos mientras rezábamos el *ángelus*, mirando el cuadro de la Virgen de La Fuensanta. Con dolor y con la mutua conciencia de que posiblemente fuera el último gesto de amistad y fraternidad. Como así sucedió. Al día siguiente, sábado, justo al alba, cuando la luz comienza a disipar y vencer las tinieblas, el Señor lo llamó a gozar de su presencia.

SENTIDO DINÁMICO DE LA EXPERIENCIA

He titulado estas notas con un sentido dinámico porque no se consiguen en un día. Pasar de amigo a hermano por el camino del trabajo compartido es cuestión de tiempo, de aceptación mutua y de paciencia. ¡Y siempre de confianza en la ayuda de la gracia sacramental! Estoy convencido de ello y por eso lo repito una vez más. La amistad y la fraternidad, aunque ambas expresan muchos rasgos en común, tienen sus propias peculiaridades. Un amigo es un tesoro. Nos lo dice el libro del Eclesiástico con imágenes que reflejan experiencias muy reales. Este don se encuentra y se disfruta en momentos de alegría y, ¿cómo no?, cuando llegan las situaciones dolorosas. Pues el amigo verdadero resiste contigo el día de la desgracia. Y nosotros hemos pasado momentos de todas clases. Momentos de dificultad y de satisfacción por la tarea realizada. Unos y otros nos han unido y nos han revitalizado la amistad.

¿Cómo nos conocimos? Por supuesto fue durante los años del Seminario menor de san José. Cuando él ingresó, junto con Francisco Lerma que venían desde El Palmar, yo ya había ingresado un año antes. Ellos eran *pipiolo*s y los de nuestro curso nos sentíamos *padres graves* porque éramos del año anterior. Estábamos mezclados en las filas por orden de lista con el fin de introducirles en las costumbres más básicas de la vida comunitaria. Pero de ahí a tener amistad, quedaba un gran trecho. Entre otras cosas porque las relaciones entre los seminaristas eran de todos con todos, sin ningún tipo de individualismos. Las amistades particulares, por supuesto, estaban prohibidas. Así trascurrieron, prácticamente los años durante el período de nuestra formación. Cinco años en el Seminario menor de san José y siete en el mayor de san Fulgencio.

Hasta el día de mi ordenación. Recibimos las órdenes en la iglesia de san Andrés todos los de nuestro curso que éramos un gran grupo. Como recuerdo gráfico del trascendental momento sólo tengo una foto. En ella aparece un primer plano con tres personas. El obispo don Miguel Roca imponiendo las manos, un servidor de rodillas y de pie, junto a los dos...

Alguno podría interesarse y preguntar:

—¿*Quién era el tercero?*

Y la respuesta es la esperada:

—¡*Miguel Ángel, por supuesto!*

Él era quien actuaba de maestro de ceremonias en la celebración. Ya le gustaba organizar... ¡Y lo hacía bien! Me contaba que don Miguel Roca se sentía seguro con sus indicaciones. Claro ¿cómo no...? ¡Era tan preciso y contundente... ya entonces! Y es que lo que hacía, lo hacía bien y muy seguro de sí mismo... Pero la amistad, en aquel tiempo semejante a la de otros compañeros, fue consolidándose después gracias al trabajo común expresado en diversas tareas pastorales.

Cuando nosotros fuimos ordenados presbíteros, el Concilio Vaticano II había dejado ya bien claro que por la imposición de las manos recibíamos la gracia de la fraternidad sacramental. ¡Sí! Hermanos porque la fraternidad va unida a la recepción del sacramento del Orden. Por tanto, éramos algo más que amigos. Porque amigos, amigos, la vida regala varios. Hermanos menos. Los de la sangre y los del presbiterio. Y, entre estos, aquellos con quienes se comparten las tareas pastorales de modo más directo. Es entonces cuando la fraternidad se hace más patente. Es lo que ha ocurrido con Miguel Ángel al igual que con otros hermanos del presbiterio diocesano.

LOS PRIMEROS TRABAJOS COMPARTIDOS

Los primeros años de nuestro ministerio pastoral andamos por sendas distintas. Ahora no es el momento de hacer biografías. Su *curriculum* ya ha sido publicado. El mío se dará también a conocer cuando Dios quiera. Los detalles quedan ahí. Ambos trabajamos en distintos frentes pastorales. Por aquel tiempo, él ya había recibido el encargo de la catequesis en el ámbito diocesano y, en mi caso, animaba varios grupos juveniles de los barrios periféricos, tras unos años como consiliario de la federación de JOC en Murcia. Desde uno u otro campo tratábamos de revitalizar la acción pastoral con los jóvenes en las parroquias a partir del sacramento de la Confirmación.

Fue entonces, cuando desde el Secretariado de Catequesis y la recién creada Delegación Diocesana de Juventud, comenzaron a coordinar la pastoral juvenil y junto con otros compañeros nos encontramos en este trabajo común que fue consolidando la amistad paulatinamente. Era la época de los cursillos con catequistas y animadores de grupos en los Jerónimos, los Urrutias, el Coto Dorda de Cartagena y otros lugares de la Diócesis. Y ¿quién animaba y organizaba todo? Por supuesto, Miguel Ángel desde el Secretariado y desde la Delegación de Juventud, Ramón Jara, su primo, como le solía llamar. Y en realidad lo eran en segundo grado. Ahí está el apellido Gil de ambos.

CUADERNOS PARA LOS GRUPOS JUVENILES

Esta experiencia de trabajo común y coordinado quedaría después plasmada en los ocho cuadernos *Buscando sus Huellas. Materiales para una Catequesis de Confirmación*, editados conjuntamente por el Secretariado Diocesano de Catequesis y la Delegación de Pastoral Juvenil. Los materiales están ahí y pueden verse. Pero las horas extra que hay detrás de los cuadernos es lo que más vale, aunque sólo puedan imaginarse. Y Miguel Ángel tuvo mucho que ver en la animación del trabajo como coordinador de todo el proyecto. ¡Cómo recuerdo sus visitas donde trabajábamos para sacar el cuaderno en el tiempo previsto! ¡Cómo nos estimulaba, de vez en cuando, nuestra tarea con sus oportunas precisiones! ¡Ah...! ¡Y con sus esporádicas invitaciones a cenar que no faltaron! Así era él. Cercano, preciso y con detalles.

Cuando Miguel Ángel fue destinado al Secretariado nacional de Catequesis en Madrid coincidió con que yo fui enviado a estudiar pastoral juvenil y catequética a la Universidad Salesiana de Roma. La distancia física nos separó, pero la amistad se incrementó. Sobre todo, cuando tuve que pasar un verano buscando información en el archivo de la Conferencia Episcopal para redactar

la tesis doctoral. Allí estaban los amigos de Murcia y recibí de ellos acogida y apoyo. Son hechos que jamás pueden olvidarse. También, junto a esta tarea escondida, la convivencia y la colaboración en cursillos a catequistas, encuentros con animadores de grupos juveniles y jornadas de estudio fueron consolidando la amistad desde el trabajo compartido.

Una breve referencia a algunos de estos trabajos puede servir de muestra. Pues en el *currículum* de Miguel Ángel, como en todos, las acciones desarrolladas en cada uno de los ministerios pastorales no suelen aparecer. Como sucede frecuentemente, lo mejor no se ve, queda oculto o en penumbra. Por eso, me atrevo a enumerar algunas de estas actividades realizadas desde sus servicios al frente del Secretariado nacional y, después, en el Secretariado diocesano. Por supuesto, me ciño sólo a los que colaboré con él. Porque enumerarlos todos sería agotador, como agotador era él cuando se trataba de servir a los demás en el campo de la catequesis, entre otros.

SECRETARIADO DE CATEQUESIS NACIONAL Y DIOCESANO

Desde el Secretariado nacional animó la acción catequética en las diócesis españolas. ¡Y muy bien que lo hizo! Ahí está su trabajo reconocido por todos y sus numerosas publicaciones como director de la revista *Actualidad Catequética* y con la elaboración y edición de varios subsidios catequéticos para dar a conocer y utilizar el Catecismo, *Esta es nuestra fe. Esta es la fe de la Iglesia*, que publicó por aquel entonces la Conferencia Episcopal Española destinado especialmente a los adolescentes. Con este motivo recorrió las diócesis impartiendo sus enseñanzas a los sacerdotes y a los catequistas. Tuve la oportunidad de acompañarle en alguna ocasión y soy testigo de cómo sabía llegar a todos y comunicar con ellos con auténticos dotes de buen maestro. En esto era un lince con murales, con esquemas en la pizarra y con presentaciones del novedoso *power point* que preparábamos juntos. Pues estaba siempre atento y acogía las innovaciones didácticas siempre que contribuyeran a esclarecer mejor la exposición y ayudaran a penetrar en el conocimiento del mensaje evangélico.

Su vuelta a Murcia como director espiritual del Seminario y para seguir al frente del Secretariado de Catequesis coincidió prácticamente con mi reincorporación a la Diócesis tras los estudios en Roma. Fue un tiempo en el que comenzamos una mayor colaboración. ¡Sí! Un tiempo en el que fuimos consolidando nuestro trabajo común y nuestra cercanía mutua. En aquellos años comenzaba mi servicio como colaborador en la parroquia de La Purísima de El Palmar, alternando con las clases de Teología Pastoral en el Centro de Estudios Teológicos y Pastorales (CETEP) que, por entonces iniciaba la

organización de su tarea académica en la Diócesis, tras la vuelta de los seminaristas de la Facultad de Granada.

Todavía tengo en la memoria cuando su primer director, en uno de sus viajes a Roma con don Javier Azagra, me propusieron que fuera profesor de Catequética de acuerdo con mi titulación. La respuesta por mi parte fue rápida.

—Estando Miguel Ángel en la Diócesis creo que el más indicado y el mejor preparado para impartir esta asignatura es él. Tengan presente que ha estado al frente del Secretariado nacional de Catequesis. ¿Quién mejor?

De hecho, él fue nombrado profesor de Catequética y yo de Teología Pastoral. Nuestra labor como profesores en el Centro de Estudios ayudó a que siguiéramos trabajando juntos en proyectos comunes.

CURSILLOS PARA CATEQUISTAS EN SUIZA

Gracias a sus contactos previos en el Secretariado nacional, los responsables de las Misiones de habla española en Suiza, los padres dominicos Tomás González y Segundo Pizarro, en Ginebra y en Lausanne y los padres claretianos Jacinto Simón y Pedro Gil en Zürich y en Basel, le solicitaron una serie de Cursos para los catequistas. Su respuesta fue afirmativa como solía responder cuando le pedían cualquier servicio. Me pidió que preparáramos juntos los cursos y fuimos varios años.

Una experiencia enriquecedora y muy fructífera. Participaron un gran número de emigrantes españoles y suramericanos que, junto con varias religiosas formaban las comunidades cristianas que animaban las Misiones en éstas y otras ciudades. También colaboraron algunos especialistas en diversas materias.

Estos cursos los realizamos en tres épocas sucesivas. La primera fue desde 1987 a 1989, durante el tiempo que estuvo en el Secretariado nacional de Catequesis, coincidiendo con mi estancia en Roma. Después volvimos otros cuatro años, desde 1996 a 1999 ambos inclusive, cuando yo estaba en la parroquia del Santo Cristo de las Misericordias en Los Garres. Y, por último, otros dos cursos en 2004 y 2005 siendo párroco de Santiago el Mayor de Murcia.

Reparar ahora los materiales, los apuntes y, sobre todo, los listados de todos los participantes en cada uno de ellos, lo considero un gran motivo para agradecer a Dios este trabajo que preparamos y realizamos juntos y cuyo fruto queda patente no sólo en el número de cursos impartidos sino también y, ante todo, en los catequistas que participaron en ellos. Lo refiero sin otra pretensión que

dejar constancia de cómo pudimos colaborar en tareas conjuntas y repetidas sin perder la calma, por ambas partes, y saliendo airoso de las dificultades que supone salir de viaje y volver juntos.

VIAJES DE IDA Y VUELTA

Y digo salir y volver juntos porque cuando iniciamos estos viajes comentábamos aquella anécdota que se le atribuye a tres compañeros del presbiterio que salieron para un viaje juntos en un seiscientos. Quiénes eran y dónde iban, era lo de menos. En realidad, no lo sabíamos ni nos interesaba. Pero comentamos la moraleja que tenía el hecho, real o supuesto. El caso era que siempre nos recordábamos uno al otro.

—*¡A ver si no nos pasa como a los del seiscientos!*

Porque uno al poco tiempo se volvió en *auto-stop* desde Cancarix. El otro desde Albacete en autobús. Y el tercero no se sabe si continuó el viaje o se volvió, por supuesto solo, en su seiscientos. Y es que para convivir o viajar juntos le recordaba que él respetara mis costumbres y yo aguantaría sus manías, o viceversa, tal como le decía a su hermano don Julio Navajas, amigo de don Dámaso. ¡Un modo de expresar el mutuo respeto que hace posible la convivencia! ¡Y la caridad como recuerda san Pablo!

Así, aceptando las costumbres y manías mutuas podíamos salir y volver juntos de los innumerables viajes que hemos realizado. No es cuestión de enumerarlos. Han sido muchos y con motivos muy diversos. De vacaciones o por turismo, ninguno. El Señor le ha llamado antes de que pudiéramos volver a Suiza de vacaciones. ¡Sí, lo teníamos hablado! Un viaje para recrearnos en aquellos paisajes alpinos sin hablar de los materiales que debíamos distribuir o del esquema que habría de emplearse en la charla siguiente y de cómo responder de forma adecuada a los problemas que nos planteaban los catequistas desde su situación de emigrantes.

Porque todos los viajes, salvo el que hicimos juntos a Tierra Santa, han sido viajes de trabajo, con un objetivo muy preciso y cargados de fotocopias. Unas veces era la Semana de Catequesis en el Seminario de Monte Corbán en Santander o la organizada en Asturias que nos llevaba días de preparación y jornadas agotadoras de realización. Y otras al arciprestazgo de Los Pedroches en Córdoba. Lo hacíamos con gusto y ganas de servir. Y eso era más que suficiente. Recuerdo con especial estima el Curso sobre Catequesis de Adultos que dimos a todo el Presbiterio de Lisboa con la participación del entonces cardenal don

Antonio Ribeiro y sus dos obispos auxiliares. Menos mal que nuestro amigo y hermano misionero Francisco Lerma, que pasaba unos días con la familia, nos acompañó y nos sacó de muchos atascos lingüísticos.

UN VIAJE SINGULAR

Precisamente nuestro amigo y hermano misionero, Francisco Lerma fue quien, con motivo de su nombramiento como obispo de Gurúe y de su ordenación episcopal en Maputo, nos invitó a viajar a Mozambique. Estuvimos junto con algunos familiares, nuestro obispo diocesano don José Manuel Lorca y un grupo de hermanos sacerdotes. Después de unos días de convivencia en torno a la ordenación, Lerma nos preparó un viaje para que le acompañáramos en su entrada en la Diócesis. Con este motivo nos organizó una visita al interior del país, a las misiones donde sirvió al comienzo de su ministerio. Todas al norte, en Zambezia. ¡Un viaje de los que no se olvidan!

Una semana entera por aquellas tierras selváticas acogidos por misioneros y misioneras que anuncian el evangelio y cuidan de las comunidades cristianas en unas condiciones que, desde aquí, es imposible imaginar. ¡Qué testimonio recibimos de su ardor apostólico! ¡Comprobar cómo trabajan y cómo rezan! Cada día iniciamos el camino después de la celebración de la eucaristía y los laudes compartidos con la comunidad en Lichinga, Majune, Marrupa, Maúa, Cuamba, hasta llegar a Gurúe... ¡Y qué caminos! ¡Cuántas incertidumbres para quienes estamos acostumbrados a tantas seguridades! Y, ¿por qué no? Algo de miedo a lo desconocido por aquellas largas rutas de tierra en las que sólo nos cruzábamos con macacos y señales de elefantes.

Fuimos acompañados por el padre Lionel del Instituto de la Consolata que conducía el coche sorteando los baches como podía para evitarnos complicaciones en los riñones. Nos turnábamos para ir junto al chofer o detrás donde los amortiguadores apenas se sentían. ¡Un modo de compartir riesgos! Y después, lo mismo. Otros cinco días para volver a Cuamba y bordeando la frontera con Malawi por Mandimba y el santuario de Messangulo, una de las primeras misiones de los padres de La Consolata, llegar de nuevo a Lichinga. Y volver en avión a Maputo, con escala en Nampula.

Un viaje realmente singular con el único motivo de poder acompañar al amigo y hermano misionero al inicio de su caminar como pastor de la porción del pueblo de Dios que le Iglesia le había encomendado. ¡Cuántas gracias hemos dado a Dios por estos días de trasiego, pero de gozo por la experiencia vivida! ¡Atrás quedan las dificultades que resultan insignificantes cuando se miran desde la miseria en la que viven tantas y tantas personas que nos cruzamos

por aquellas tierras! ¡Qué imágenes grabadas para siempre en la retina! ¡Cómo ayudan a ser solidarios!

ITINERARIO PARA ADOLESCENTES Y JÓVENES

Otra experiencia de trabajo conjunto fue la redacción del *Itinerario catequético de iniciación cristiana para adolescentes y jóvenes* y su posterior publicación. Una iniciativa y acuerdo de los obispos de la Provincia Eclesiástica de Granada con motivo del Jubileo del Año 2000. El proyecto de su elaboración fue encargado, en un principio a los responsables de los Secretariados diocesanos de Catequesis.

Y al final, la responsabilidad de la redacción recayó en nosotros que, en base a unos temas doctrinales preparados por Fernando Chica, hermano de la diócesis de Jaén, planteamos y presentamos el esquema global del proyecto. Realizarlo nos supuso muchas horas de trabajo, varios viajes a Granada y a Jaén y no pocas reuniones entre nosotros y con todos los obispos de la archidiócesis. Todavía tengo presente los días que nos llegaba la convocatoria enviada por Manuel Reyes, secretario de la Provincia Eclesiástica, indicándonos la fecha para un encuentro con los obispos. Esto suponía que habíamos de posponer otras ocupaciones, recomponer los horarios de las clases y buscar un compañero que atendiera la parroquia si surgía cualquier urgencia. Pero, ante todo, debíamos preparar la información sobre cómo iba realizándose el trabajo que nos habían encomendado con el objeto de revisar su proceso.

El proyecto para las seis diócesis fue poco a poco clarificándose y haciéndose realidad. Pero mientras tanto había que trabajar mucho. Por un lado, los obispos como responsables de su misión de pastores y maestros. Y por otro, los que recibimos el encargo de plasmar sus indicaciones de forma concreta y lo más adecuada, redactando la temática propia del mensaje evangélico conjugado con los diferentes lenguajes de la catequesis destinada a los adolescentes y jóvenes. ¡Cuántas reuniones con los obispos que, en definitiva, eran los responsables del proyecto y rubricaban con su firma la publicación! ¡Primero con todos juntos! ¡Después con don Antonio Cañizares que era arzobispo de Granada por aquellos años y, como tal, lideraba el proyecto!

Después de varias propuestas fue aprobado un esquema que serviría de base para realizar todo el proyecto. Se trataba de sintetizar en un título el mensaje de cada tema y de desarrollarlo en nueve apartados con imágenes sugestivas que ayudaran a comprenderlo. Primero un texto bíblico como punto de partida, seguido de una referencia a nuestra vida y nuestro mundo y una amplia síntesis del mensaje que da vida. Los siguientes apartados eran

dedicados a unas cuestiones sobre cada tema entresacadas del Catecismo para adolescentes *Esta es nuestra fe. Esta es la fe de la Iglesia*, de la Conferencia Episcopal con unas indicaciones para reflexionar y dialogar y unas pistas para realizar algún compromiso relacionado con el tema complementado con unos textos para la oración personal y comunitaria y otros sobre testimonios directos de vida cristiana. Todo ello maquetado con soltura tipográfica intercalada con fotografías y mensajes fáciles de asumir y retener por los adolescentes y los jóvenes. Una mirada sosegada a los índices de cada etapa ofrece una visión de conjunto de todos los temas y de los contenidos desarrollados en cada uno de ellos.

El proceso de realización tuvo sus complicaciones. Era costoso. Pero, tras varios años de trabajo, pudimos ofrecer la publicación de los tres cuadernos con los contenidos catequéticos más nucleares distribuidos en tres etapas en torno a un eje trinitario. Primera etapa, *Dios nos ama y nos salva*. Segunda etapa, *Jesucristo dice: ¡Ven y sígueme!* Y tercera etapa, *El Espíritu Santo nos santifica*. Y cada uno con las *Guías para el catequista* correspondientes. Una obra que supuso mucho esfuerzo. Pero ahí está como referente catequético de toda una Provincia Eclesiástica que, junto con sus obispos y presbíteros, implicó y sigue implicando en ella a muchos catequistas y animadores de adolescentes y jóvenes en las parroquias. Porque la publicación no fue el final sino el inicio de un movimiento para reavivar y coordinar en las diócesis la catequesis a partir de la presentación que los obispos hicieron en cada una de ellas desde la experiencia del año jubilar de la Encarnación.

PRESENTACIÓN DEL ITINERARIO

La presentación y puesta en marcha del *Itinerario* en las diócesis, en reuniones con el obispo, catequistas y animadores de grupos juveniles, incluida la nueva archidiócesis de Mérida-Badajoz, donde habían enviado a don Santiago Alacid que, como obispo de Jaén, fue mentor del proyecto y lo conocía bien. En realidad, éramos conscientes de que la utilización práctica resultaba complicada. Conjuguar los diferentes lenguajes que presentaban cada tema, necesitaba de una preparación adecuada de las catequesis concretas que resultaba costoso para muchos catequistas. Estas reuniones pusieron de relieve las dificultades que suponía el trabajo concreto con este itinerario. Para concretarlas y tratar de superarlas, compartir las experiencias de su utilización y ayudar a caminar, surgió otra iniciativa. Se trataba de los Encuentros Interdiocesanos de Catequistas de la Provincia Eclesiástica de Granada en los que participaban un buen número de catequistas y de animadores de grupos juveniles.

ENCUENTROS INTERDIOCESANOS DE LA PROVINCIA ECLESIAÍSTICA

La propuesta la hicieron los obispos que insistieron en potenciar la atención catequética a los más jóvenes y en preparar a los responsables con algunas Jornadas de reflexión y con una plataforma de coordinación que les ayudara a realizar su tarea en las parroquias. Como habíamos sido los realizadores del Proyecto y los redactores de su publicación, vieron conveniente que fuéramos también nosotros los encargados de iniciar la organización de estos Encuentros junto con los directores de los demás Secretariados Diocesanos de Catequesis. Está claro que el animador de todos ellos y el *alma mater* de su organización fue Miguel Ángel. Desde el primero hasta que pudo seguir al frente del Secretariado diocesano. En ellos, los demás hemos colaborado con ponencias para orientar la reflexión y, sobre todo, con nuestra presencia y apoyo. Pero quien llevaba la dirección y la última responsabilidad, ayudado por los responsables de los Secretariados diocesanos, era él. ¡Siempre dispuesto!

Desde el primer Encuentro Interdiocesano, celebrado en el Seminario de Jaén a principios de 2001, hasta el último que tuvo lugar en septiembre del 2017 en la Casa de Ejercicios Sagrado Corazón en Guadalupe (Murcia), participamos en los diecisiete Encuentros que hemos celebrado. En Granada siete, en Jaén tres, en Almería, Guadix y Murcia dos y en Málaga uno. Una experiencia de coordinación pastoral y de intercambio de vivencias y problemas que ha servido de gran ayuda para el trabajo con los adolescentes y jóvenes.

Todos ellos han contado con la organización y participación ininterrumpida de Miguel Ángel. Desde el primero hasta el último. Constante e incansable, aunque al final ya le costaba bastante el hablar con soltura.

ENCUENTROS ORGANIZADOS POR LOS SECRETARIADOS DEL SUR

En este mismo sentido de coordinar el trabajo en el campo de la catequesis y en otros sectores pastorales sirvieron de mucha ayuda los Encuentros de Sacerdotes de las Provincias Eclesiásticas de Granada y Sevilla, organizados también por los Secretariados del Sur. Han sido Encuentros realizados durante una semana de verano, unas veces en Huelva, en Jaén y, sobre todo en Málaga. Huelga decir que nuestra Diócesis ha participado siempre con un gran número de compañeros. Y que era Miguel Ángel quien tenía siempre el teléfono abierto para llamar a uno y otro hasta conseguir que participáramos los más posibles. ¡Y cada año lo conseguía! ¿Quién se iba a negar? ¡Lo presentaba tan

bien y mostraba sus ventajas de forma tan persuasiva...! Esta experiencia de convivencia con sacerdotes de otras diócesis andaluzas ha sido siempre muy enriquecedora. Su preparación suponía varias reuniones de los directores de los Secretariados para ultimar los temas a tratar, los encargados de las ponencias y la infraestructura necesaria para realizarlos. También formábamos parte del equipo organizador. ¿Cómo no? Lo recuerdo con satisfacción.

Sería excesivo hacer una memoria completa de estos Encuentros. Eran unos días de descanso y de auténtica convivencia entre amigos y hermanos. Seguro que aún permanece viva en la mente de muchos que participaron en ellos, la reflexión y los buenos ratos que pasamos juntos. Aunque sólo sea de modo sucinto, quiero aludir a uno de estos encuentros que tuvo una incidencia especial para nosotros.

Fue en Málaga en el 2002 sobre *Medios de Comunicación y Catequesis* y la temática central era *Pastoral y Nuevas Tecnologías* que entonces eran realmente nuevas para muchos de nosotros. En la reunión que tuvimos para prepararlo, como gracias a Dios no nos faltaba arrojo ni ánimo, nos comprometimos a llevar nosotros el desarrollo de la temática pues conocía a un profesor de Tecnología educativa en la Universidad de Murcia y a un informático experto con quienes contacté para plantear y organizar los temas del Encuentro. También se comprometieron en el Secretariado de Málaga a lograr que las aulas de un colegio cercano nos prestaran los ordenadores para hacer prácticas. Y los del Secretariado de Cádiz invitarían a un profesor de Instituto que estaba preparado en la materia.

Todo bien montado y organizado. Hasta hicimos un *CD-Rom* con algunos *DVD* como muestra de lo que podíamos utilizar en el campo pastoral. También preparamos las primeras orientaciones oficiales publicadas aquel mismo año sobre la materia. Eran los documentos del Pontificio Consejo para las Comunicaciones Sociales, en concreto, *Ecclesia et Internet* y *Etica et Internet*, junto con otros documentos del magisterio pontificio y de los obispos españoles sobre los Medios de Comunicación. Todo bien dispuesto y preparado al detalle como solía suceder.

Pero lo que no estaba previsto es que a la hora de comenzar recibiéramos una llamada del profesor universitario comunicándonos que estaba enfermo y le era imposible acudir para su ponencia. Y algo parecido ocurrió con el joven informático. El caso es que nos vimos solos para llevar adelante el Encuentro, pues contábamos sólo con la ayuda del profesor de Instituto que apareció, dio su ponencia y marchó para hacer frente a otros de sus compromisos previos.

No obstante, a pesar de los imprevistos, el Encuentro se realizó y tanto participantes como organizadores quedamos contentos. Porque como solemos decir: *Dios aprieta, pero no ahoga*. Y lo que se hace confiando en su ayuda y con ánimo de servir siempre está bien hecho. Compartíamos trabajo, dificultades y satisfacciones. Y superar estos inconvenientes servía para consolidar nuestra fraternidad.

CATEQUESIS DE PREPARACIÓN AL AÑO JUBILAR

Cuando se aproximaba la celebración del Año jubilar de la Encarnación tuvimos la ocasión de trabajar en otro proyecto común. Fueron las catequesis de preparación al Jubileo, siguiendo las indicaciones programáticas del papa Juan Pablo II en su carta apostólica *Tertio millennio adveniente* con una estructura trinitaria. Tres años de preparación y otro dedicado a la celebración jubilar. El equipo responsable de los Secretariados de Catequesis del Sur consideró conveniente publicar unas orientaciones que sirvieran de base para ayudar en los grupos de catequistas durante estos años. Y nos confiaron el trabajo a nosotros.

Fueron muchas horas de dedicación que dieron como fruto tres cuadernos: *Sugerencias Catequéticas para profundizar en la persona y el mensaje de Jesucristo (1997)*; *...en la persona y acción del Espíritu Santo (1998)*; *...en la persona de nuestro Padre Dios y su amor misericordioso (1999)*. Y un cuarto cuaderno: *Vivir en alabanza a la Santísima Trinidad. Catequesis y celebraciones. Año Jubilar 2000*. Estas catequesis sirvieron también a nuestro hermano José Gómez con el fin de que, con las oportunas adaptaciones, las pudiera publicar para los catequistas de la parroquia de Nuestra Señora de Guadalupe en La Lima-Cortés (Honduras). Por eso aparece como coautor.

ACOGIDA EN NUESTRAS FAMILIAS

Todas estas experiencias de trabajo común consolidaron nuestra amistad y nos fueron conduciendo a la vivencia de la fraternidad. Pero, ha habido también otros hechos que considero de gran importancia. Me refiero a la mutua acogida que hemos recibido de nuestras respectivas familias. Realmente en muchas ocasiones nos hemos sentido de la familia, entre los padres, hermanos y sobrinos de ambos.

La fraternidad se avivaba entre nosotros desde el momento en que nuestras familias nos aceptaban y nos trataban como uno más entre ellos. Esto se traducía de múltiples formas. En mi caso, cuando había una fiesta familiar extraordinaria era frecuente que alguien me preguntara:

—¿Se lo has dicho a Miguel Ángel para que venga?

—Sí, claro. Pero anda muy ocupado y no sé si podrá venir... Era mi respuesta.

Y casi siempre llegaba a tiempo de sentarse a la mesa acogido por todos. Algo semejante me sucedía con los suyos. Con ellos siempre me he sentido como en casa.

Ambos entramos con naturalidad en nuestras mutuas familias. Hay muchos hechos y anécdotas que podría contar. Pero sólo referiré dos sucesos que tuvieron especial relevancia para sellar nuestra relación de hermanos. Fueron dos situaciones de esas que nunca se olvidan porque suceden en momentos difíciles, cuando aparece la enfermedad o viene la muerte.

Lo mantengo vivo en la memoria. ¡Jamás lo podré olvidar! Aquella mañana en la que le escuché a mi madre las últimas palabras. Me dijo:

—*¡Tú a lo tuyo!*

Así me despedía en la puerta de casa, al salir para una reunión en el obispado. Había sido convocado por don Javier como delegado de Pastoral Juvenil, interino, tras la muerte inesperada del también gran amigo y hermano Juan Teruel. La fiel secretaria en aquel despacho de catequesis, Remedios, interrumpió la reunión apenas había comenzado para avisar que mi madre había sufrido un grave trastorno.

—*¿Quién sabía que yo estaba allí en aquella reunión?*

¡Era Miguel Ángel! Conocía aquella convocatoria y donde se iba a celebrar. Pero

—*¿Cómo se enteró del trastorno de mi madre?*

Fue algo realmente providencial. Aquella misma mañana él salía para Madrid, a sus quehaceres en el Secretariado nacional, y como otras veces pasó a saludar a mis padres. ¡Justo en el momento en que una de mis hermanas salía a pedir auxilio porque mi madre estaba caída en el suelo, sin sentido, mientras vestía a mi padre enfermo! ¡Miguel Ángel resolvió aquel trance, llamó a la ambulancia, tranquilizó a mis hermanas y avisó al obispado para que me comunicaran lo sucedido!

También yo he estado cerca de su familia. Con mucha frecuencia visitaba o iba a comer a casa de sus tías Pepita y Fuensanta en El Palmar. Una casa siempre abierta y acogedora... ¡Y con la mesa puesta con mucho cariño! ¡Cuántos hemos pasado por allí! Cuando estaba en la parroquia de La Purísima. Y después también.

Coincidía con sus padres, ya mayores, algunas veces. Cuando su madre andaba ya algo desmemoriada, a mí siempre me reconocía y me sonreía. ¡Cómo recuerdo aquella sonrisa! A veces, después de la comida solíamos dar un paseo. En alguna ocasión, cogida a mi brazo miraba a Miguel Ángel y preguntaba:

—¿*Éste quién es?*

Es tu hijo, le respondía, tu hijo cura.

—¿*Tengo yo un hijo cura?* Insistía.

Pues claro, volvía yo a repetir.

—¿*Qué bien, tener un hijo cura...!*

Y así concluía el diálogo. ¡Cuánto dolor...! ¡Qué situación tan penosa! Él lo vivía con mucha paciencia. Igual que otros muchos sucesos que pudimos compartir.

Y últimamente, cuando le prestaba la voz en la homilía de la Misa exequial de sus tías y de su hermano. ¡Qué sufrimiento añadido al de su enfermedad! ¡Cuánto apuro no poder hablar en aquellos momentos! Pero ahí estaba la voz del amigo, la voz del hermano, que leía atentamente lo que él había escrito. Y añadía además lo que le dictaba su corazón con la seguridad de que interpretaba sus más íntimos sentimientos. Así me lo confirmaba asintiendo con la cabeza y, sobre todo, con el corazón.

UN GESTO EXPRESIVO

Podría contar otros muchos gestos de fraternidad. Concluyo con uno que me parece elocuente y suficientemente expresivo para conocer cómo era y cómo actuaba Miguel Ángel. Me refiero al viaje que, junto con otros dos hermanos del presbiterio diocesano, no dudó hacer por la autopista rumbo a Roma, atravesando los Alpes marítimos con sus incontables túneles y viaductos, con el único objetivo de acompañarme durante la defensa de la tesis doctoral. ¡Cómo es de agradecer!

Sobre todo, porque llegó con un lumbago que pudo soportar con una buena dosis del *parecetamol* de las farmacias romanas. Una tarde, superados los agobios académicos, mientras el grupo de familiares y amigos, que también me acompañaban esos días, contemplaban la monumental *Fontana de Trevi*, nosotros hacíamos turno para comprar una caja del imprescindible fármaco para poder

funcionar aquellos días. Y, más que nada, pensando en el viaje de vuelta que habría que emprender con más de veinticuatro horas de autopista por delante.

Pero para él, acompañar al amigo en aquel momento tan importante de su proceso formativo merecía la pena y pesaba más que todo tipo de inconveniencias. Un gesto más que de amigo, realmente de hermano. Y muy significativo para comprender que aquellas molestias primero y la grave enfermedad después nunca pesaron más que sus atenciones y su afán de servir.

Y esto, hasta última hora. Durante estos años en los que la enfermedad le afectó tan duramente, parecía que el dolor, las limitaciones que le provocaba, apenas hacían mella en su quehacer diario, en su ministerio y compromisos pastorales. Su dedicación a la catequesis en el Secretariado la mantuvo hasta que pudo. Su servicio a las religiosas como delegado para la Vida Consagrada llegó hasta unos meses antes de fallecer. Y le llamó el Señor siendo consiliario de los Cursillos de Cristiandad. Su correo electrónico y su teléfono han estado activos hasta el final. Cuando ya no podía articular palabra eran los *email* y los *WhatsApp* lo que funcionaba. ¡Todo menos dejar de servir!

Realmente es lo que todos deseamos, dar fruto en la vejez, llegar robustos a los ochenta, como dice el salmista. En definitiva, estar siempre al pie del cañón. Pero también es verdad que, tratándose del ministerio pastoral, la Iglesia tiene en su normativa canónica las fórmulas adecuadas para que el servicio a los fieles se haga con total entrega mientras se pueda. Hablarle a Miguel Ángel de presentar la renuncia era predicar en desierto. Mis insinuaciones primero y mis recomendaciones después, siempre encontraron una sonrisa amable por su parte. Es verdad que pocos podíamos hablarle de tú a tú y, en este sentido, decirle las cosas con claridad. Pero en cuestión de mantener sus compromisos de entrega al ministerio, creo que sólo lo consultaba con el Señor que es quien mejor le conocía y a quien más ha amado.

En la homilía de las exequias, el obispo don José Manuel, presentó claramente quién era Miguel Ángel y cómo actuó siempre. Sintetizó su vida y alimentó nuestra esperanza. Entre otras palabras dijo:

Él nos ha enseñado siempre a vivir con alturas de miras la vocación que cada uno de nosotros hemos recibido, descubriendo que la plenitud del amor es la única medida de la vida cristiana, y que todo lo que sea bajarse de ese ideal es hacer vana la sobreabundante gracia de Dios sembrada en nuestros corazones.

Hoy reconocemos con emoción que este adalid de la catequesis ha muerto como ha sabido vivir toda su vida, con la alegría y la paz

de quien está abandonado plenamente en las manos de Dios y de su Santísima Madre, sirviendo a la Iglesia como ésta merece ser servida y proclamando en todo momento la belleza de la vida del Cielo que esperamos.

Queridos hermanos, este sacerdote os ha predicado el amor, la comunión, la solidaridad, el diálogo como elemento importante en nuestra vida. Su última predicación ha tenido lugar agarrado a la cruz, donde se ha puesto en las manos de Dios con una confianza muy grande y ha muerto en la paz con Dios y con los hermanos.

¡Es verdad! Miguel Ángel con su vida nos ha estimulado para mirar alto, con su entrega a la catequesis nos ha ayudado a servir a la Iglesia y con su enfermedad nos ha indicado cómo abrazarnos a la Cruz confiando en el Señor que, ¡estoy seguro!, le ha abierto las puertas del cielo, porque: *En la muerte de Cristo nuestra muerte ha sido vencida, y en su gloriosa resurrección hemos resucitados todos*, como lo proclamamos en este tiempo pascual.